

Ya para qué Guayaquil

[sonidos de tráfico, agua, música]

MAB:

Mis padres se casaron cuando ella tenía 18 y él 30. Mi madre enviudó a los 67 años. Felipe de Jesús murió en Guayaquil a los 79. Yo quedé huérfana de padre a mis 34. Lo enterramos el 12 de noviembre de 2014. Un día después de su muerte, dos días después de que Alicia del Rosario cumpliera 50 años y tres días después de que ella sufriera un accidente de caballo.

[sonidos de tráfico, rumores en la calle]

GZ: Acabamos de escuchar un fragmento de "Genealogía con números" de la poeta guayaquileña María Auxiliadora Balladares. Este episodio es un ensayo sonoro en el que María aborda el duelo como una experiencia de ruptura que la enfrenta a dos caminos radicalmente opuestos: el de la melancolía depresiva y el de la melancolía productiva. En ese borde, el trabajo minucioso con la materia de la musicalidad y el ritmo del poema se vuelve un cable a la vida y al amor que propicia la superación de la fase más desgarradora del duelo.

Soy Giulianna Zambrano y esto es Crónicas al borde.

[Intro/CAB: Temporada 2]

[entrada de música sutil]

MAB: El 11 de noviembre de 2014, murió mi papá después de vivir con un cáncer a la vías biliares por algunos años, 3 años y 9 meses a partir del diagnóstico. Dos días antes, el 9 de noviembre, Alicia, mi compañera de entonces, sufrió un accidente de caballo y se golpeó la cabeza. Un día antes, el 8 de noviembre, escuché por última vez la voz de mi padre. Lo llamé antes de salir al campo con Alicia para contarle que ese fin de semana no viajaría a Guayaquil a acompañarlo porque ella cumplía años y nos íbamos al Cotopaxi. Me dijo, con un ritmo lento que revelaba cuánto le costaba pronunciar cada palabra, que estaba bien, que nos divirtiéramos y que ya nos veríamos pronto él y yo. Al colgar, lloré porque supe que estaba cerca el momento de su muerte; su voz preservaba su timbre, pero había perdido la fuerza. El viaje con Alicia se

dio de todos modos. Vuelvo sobre el momento en que decidí hacerle caso a mi papá y tomar la carretera con ella en lugar de cancelar el plan y volar a Guayaquil para estar con él, despedirme y decirle, cuando él todavía podía responderme, que lo amaba. No sé si se lo dije alguna vez. Así: "papi, lo amo". Creo que no.

[suenan pájaros, luego música]

El accidente de caballo de Alicia fue terrible, el infierno tan temido. Antes de regresar a Quito, el día 9, decidimos hacer una cabalgata. El caballo manso que ella escogió se desbocó apenas lo montó y no paró hasta echarla sobre el camino de piedras. Una de esas piedras se incrustó en su cabeza y le hizo perder el conocimiento, otras tantas golpearon su espalda, su coxis, sus brazos y sus piernas. Yo salí corriendo; seguí al caballo desbocado y cuando di con el cuerpo de Alicia echado sobre la tierra pensé: "si vive, la voy a cuidar para siempre; si vive, la voy a cuidar para siempre; si vive, la voy a cuidar para siempre".

[suena un carro en movimiento]

Repetí la frase no sé cuántas veces antes de gritar su nombre a lo lejos mientras corría hacia ella. Al oír mis gritos, movió la cabeza hacia el lado por donde yo llegaba y su rostro pálido me provocó el alivio enorme de saber que no había muerto, pero al mismo tiempo la certeza de que lo que había acontecido era grave. Camino a un centro de salud, la mujer lúcida y brillante, la lectora sensible y elocuente, la crítica literaria más importante de este país, comenzó a hacerme preguntas que no tenían sentido y que me llenaban de angustia y de terror. Algunas veces me repitió que ella no quería subirse al caballo y que nunca más lo haría. Yo conversaba con ella y le rogaba que no se durmiera.

[música]

He mirado tantas veces tu sangre
 Conservé en el carro por más de un año
 El sombrero y el chal que llevabas
 El día del accidente de caballo
 Verlos me recordaba que no soportaría tu muerte
 Imagino el estado de tu cerebro entonces
 Camino del hospital
 Te pedía que no te durmieras
 Conversaba contigo para mantenerte despierta

Hacías preguntas que me llenaban de terror
Preguntas simples que me llenaban de terror

[música se desvanece]

Al llegar al precario centro de salud, en la camilla, los médicos comenzaron a cortar su ropa para poder revisarla. Esa imagen de las tijeras volviendo hilachas sus prendas es paradigmática, una forma de la entrega: que hagan todo, que destruyan todo con tal de que ella viva.

[sonido de ambulancia y centro médico]

Mientras le hacían los primeros exámenes, llegaron mis amigas Florencia y Marieta. Al verlas, sucumbí y me eché a llorar; todavía no sabía con certeza la gravedad de sus lesiones, pero temía lo peor. A las pocas horas, una ambulancia la llevó a un hospital en Quito. Ahí finalmente la atendió un neurocirujano: quedaría en observación para determinar si es que debía ser operada o no. El dolor que estaba padeciendo Alicia era insoportable. Los medicamentos apenas ayudaban. Sus lamentos no cesaban. A la noche, para que durmiera, inventé una historia para ella:

[música]

La protagonista veía todos los días el cielo estrellado con su telescopio desde un observatorio astronómico que había construido en su casa. Describí cada estrella, sus características y las relaciones posibles entre ellas, solo posibles además en ese telescopio, en ningún otro.

[música se desvanece]

A la mañana siguiente, la del 10 de noviembre, Alicia me diría muy seria que tenía que comprarse un telescopio, que de ahí en adelante se dedicaría a mirar las estrellas. No recordaba la historia que yo había inventado para ella la noche anterior. En esas estábamos cuando a los pocos minutos de su confesión que me enterneció y me devolvió en alguna medida la esperanza, la imagen del cotidiano posible con ella, recibí la llamada de mi hermano desde Guayaquil para anunciarme que mi papá había entrado en estado comatoso y que debía viajar lo antes posible porque moriría en las próximas horas.

[se oyen rumores distantes]

Alicia y mi padre, postrados en camas de hospitales en ciudades distintas. Ella, con pronóstico reservado; él, inclinándose hacia la muerte. Al rato, llegaron los padres de ella para acompañarla en su convalecencia y tomar la posta en su cuidado mientras yo iba a acompañar a mi papá y luego a enterrarlo. Cuando hice la maleta guardé ropa negra para el funeral. Mi padre vivía aún, pero debía prever ese detalle.

[sonidos aterrizaje, entrada al hospital y a la habitación]

Al llegar al hospital desde el aeropuerto, mi padre ya no abría los ojos. La doctora me dijo que probablemente sí podía escuchar, pero que iría perdiendo las facultades que le restaban con el paso de las horas. Esa noche nos quedamos con él mi hermano y yo. Mi mamá y mi hermana fueron a casa a descansar.

[sonido de agua entra poco a poco]

Faltando poco para su muerte, recosté mi tronco sobre su costado y al oído le fui describiendo escenas que yo nunca había presenciado pero que sabía que él había vivido. En una de ellas, estaba mi padre asomado a la borda de un buque, y veía gigantes animales marinos nadando cerca: manta rayas, ballenas, tiburones, plancton.

[agua y música]

Cerca de su muerte vi lo que sus ojos de hombre joven vieron y se lo recordaba en una descripción bastante desprovista de emociones, era pura imagen lo que le transmití a mi papá en su lecho de muerte. ¿En qué nos habremos convertido él y yo en esos minutos? Esa fue la conexión posible entre nosotros, yo hablaba sin juicios, en un plano meramente descriptivo, y él proveía las imágenes.

Cuando me incorporé, mi hermano me preguntó qué le había dicho a mi papá porque mientras le hablé al oído, sus pulsaciones se elevaron. El último índice de vida, la última emoción de la que fue capaz.

A los pocos minutos sobrevino el paro cardiaco. Llegó con un espasmo y un ronquido. Abrió mucho sus ojos, quedó suspendido un segundo y entonces cayó su cuerpo exánime sobre la cama. Así murió mi padre mientras yo le sostenía la mano y mi

hermano caminaba de un lado de la habitación a otro, desesperado. A él también le dio por describir.

[música]

¿Por qué algunos describen lo que ven en situaciones como esas, incluso a las personas que lo están viendo a su lado? Supongo que es el gesto de una persona en estado de ansiedad y profunda tristeza, narrar lo que se mira para poder tomar distancia de aquello y no irse con quien se está muriendo.

Yo también estaba triste, pero sobre todo serena. Vi a mi padre amortajado. Su cuerpo casi en los huesos por el cáncer. Semanas antes, mientras él aún convalecía, me quedé largo tiempo viéndolo dormir. Abría la boca para respirar y su piel se le pegaba a los huesos a causa de la delgadez. Yo pensé: así se verá de muerto.

Durante casi toda su vida adulta mi padre llevó bigote. Un bigote espeso. Hacia el final de su vida, en su última estancia en el hospital, decidió cortárselo. Cuando mi mamá le preguntó por qué lo hizo, él respondió: nunca me gustó el bigote. La última imagen que tengo de él es la de su rostro liso. Quizás por eso hacia el final constaté cuánto me parezco a él.

[música de banda de guerra]

El funeral de mi padre duró dos días. Le hicieron los honores del caso por haber alcanzado el grado de vicealmirante de la marina. La mañana del 12 de noviembre lo enterramos. Yo iba al lado de mi madre, sosteniéndola del brazo. A mí me sostenía el amor de Florencia y de Carlos, que habían viajado desde Quito a Guayaquil para acompañarme, el de mis sobrinos y mis hermanos. Entre todos nos sosteníamos, éramos una estructura, un montaje viviente.

[música de banda]

Pero además de los amores que estuvieron a mi lado, me sostuvo la banda de guerra que tocó una marcha a lo largo del camino de la sala de velaciones hasta la tumba. Entendí en ese momento de dolor infinito el sentido primordial de la música. Te eleva y no deja que te vayas con el muerto, como a mi hermano lo salvó la descripción de la escena de muerte. La música era el hilo de Ariadna que me permitió volver a la vida después de descender a dejar al padre bajo la tierra.

[sonidos de tráfico]

Alicia me llamó el día del entierro, yo no pude contarle que mi papá ya no estaba porque quería preservarla de todo dolor. Ella se enteró después. Lo dedujo.

[sonido de avión y tráfico]

Cuando volví a Quito, ya se había decidido que ella no sería operada, que podría recuperarse de su lesión con medicamentos y reposo absoluto. Cuando la llevé a la casa la cuidé. Si puedo describir mi disposición en esos días era la de cuidar cada célula de su cuerpo. La bañaba, la peinaba atenta de no lastimar sus heridas en la cabeza, le preparaba la comida, la abrazaba y la besaba.

[música]

“Está viva” me digo
y pienso que te cuidaré para siempre
que no dejaré nunca más que en tus huesos adquiriera forma
la muerte
Ya en casa cada día por la mañana
Desnudo tu cuerpo blanquísimo
Y te llevo de la mano hasta la tina
Te enjabono la espalda y desenredo el pelo
Alrededor de los puntos que ha cosido un médico vestido
de azul
Beso tus senos para que sientas mi aliento

[música]

Yo solo lloraba por mi padre muerto mientras estaba en la ducha. Había tomado una decisión radical y era que Alicia no me vería sufrir por mi padre. No estoy segura de dónde saqué la idea de que eso era fundamental para su recuperación: que no me viera sufrir. Quedé maltrecha, sin duda. No se puede degradar el duelo por la muerte del padre, como hice yo ingenuamente.

A las pocas semanas del entierro, a Alicia le ofrecieron trabajo en una nueva universidad en Guayaquil.

[paisaje sonoro de Guayaquil: sonidos de la ría, muelle, tráfico, música, fútbol callejero, conversaciones]

En abril del 2015, nos fuimos a vivir a Guayaquil con la intención de instalarnos por al menos los cinco años que duraría su trabajo allá. Yo me incorporaría a la misma universidad como profesora de Literatura durante ese tiempo. Llegamos con una ilusión que rápidamente se transformó en ansiedad y angustia. El trabajo de Alicia se trabó incomprensiblemente por la mala relación con el rector y a los pocos meses de nuestra llegada, pasaron varias cosas: la situación en la universidad se volvió un infierno, me enfermé y me separé de Alicia. En ese entonces, el dolor en la cadera llegó a ser insoportable por lo que fui con mi mamá al médico. Ella le explicó al doctor que me había enfermado porque acompañé a mi padre mientras agonizaba y porque lo vi morir. Esa explicación de aparente escaso rigor científico, pero de alto potencial afectivo, se me impuso desde entonces.

[música]

Y ahora medio muerta te escribo esta cartita
 Mi amor
 Te escribo esta cartita para preguntarte
 Si te acuerdas cómo era todo antes de que yo muriese en
 el lugar de las caderas
 Hace mucho se murieron otros tantos
 Se murió mi padre
 Se murió mi padre, amor
 Yo creo que en realidad por eso se me murió la cadera
 Porque el cuerpo tiene que mutar si se muere el padre,
 amor
 Yo no podía seguir caminando
 Tenía que abandonar mis caderas
 Esos mis huesos están enterrados con mi padre
 Condición de orfandad la que me acontece
 A mi cuerpo le tenía que doler que él no pudiera tocar
 más el mar, amor

[la música se desvanece, entran sonidos de las calle en
 Guayaquil]

Yo había enfermado porque mi cuerpo tenía que transformarse ante la muerte de mi padre. La afectación que su muerte producía en este mundo se evidenciaba directamente en mi cuerpo. La convalecencia después de la intervención en la cadera estuvo marcada por la imposibilidad de caminar y también por la imposibilidad del encuentro con Alicia. Tullidas, la cadera y la vida en pareja. Habíamos alcanzado un nivel de agotamiento a causa de lo que pasaba en la

universidad, incapaces como éramos y somos ambas de entrar en el juego de la política y de la burocracia que se instaló en ese espacio académico. Nos separamos y caí durante meses en una depresión que me llevó a todo tipo de excesos, a la imposibilidad de escribir y, después de muchos años, a pensar en matarme. Más que la serie de anécdotas que marcaron esa época, es la sensación de entonces la que recuerdo vívidamente: la embriaguez. No solo por los excesos a los que llevé a mi cuerpo entonces, sino también como un estado del ser que se activaba como respuesta a los embates de un sistema dominado por lógicas de control y de exclusión -en la academia, en la vida social, en la ciudad-, como escape de la náusea, siguiendo a Sartre, que provocaba la mirada que cosifica de otros sobre mí. Vivía sin interés en la vida, pero al mismo tiempo la ebriedad no me dejaba morir y me abría a una serie de vivencias de lo que Jaime Sáenz llama "la noche" o "la experiencia del alcohol".

[sonidos de tráfico y conversaciones en la calle]

[música]

Dice Sáenz:

La experiencia más dolorosa, la más triste y aterradora que imaginarse pueda, es sin duda la experiencia del alcohol.

Y está al alcance de cualquier mortal.

Abre muchas puertas.

Es un verdadero camino de conocimiento, quizá el más humano, aunque peligroso en extremo.

Y tan atroz y temible se muestra, en un recorrido de espanto y de miseria, que uno quisiera quedarse muerto allá.

Pues el retorno del otro lado de la noche es en realidad un milagro, y únicamente los predestinados lo logran.

A tu retorno, el mundo te mira con malos ojos; eres un extraño, eres un intruso, y sientes en lo hondo que el mundo no quiere que lo contemples; lo que quiere es que te vayas y desaparezcas -lo que quiere es que ya no estés aquí.

Y como al fin y al cabo el mundo eres tú, imagínate, tendrás que tener mucha fuerza, mucha humildad, mucho gobierno, para enfrentarte contigo mismo -vale decir, con el mundo.

[música]

En mi clase de poesía ecuatoriana en la universidad donde trabajo leemos algunos poemarios alrededor de la pérdida, del duelo y de la sanación. El que más me toca es el *sollozo por pedro jara* de Efraín Jara Idrovo. Me tocan los paralelismos que imagina entre el hijo muerto y las piedras, las que no han sido tocadas y las que han sido intervenidas por la mano del hombre, el trabajo con el lenguaje, la aglutinación de palabras, pero quizás lo que más me conmueve aunque a primera vista resulte un trabajo demasiado cerebral o racional tiene que ver con la estructura del poema.

[sonido de tejedora]

Este está dividido en cinco partes y cada una está conformada por tres poemas que contienen el mismo número de versos que además son intercambiables entre ellos. Estos posibles intercambios hacen que el poema pueda ser leído de miles de maneras distintas.

[sonido de tejedora y agujetas]

Imagino a Jara en su duelo, en su dolor sin nombre, pensando la estructura de este poema como quien decide tomar un telar y tejer, o como quien decide fabricar un mueble o unos aretes de filigrana o bordar un saco: el trabajo con la estructura de este poema es un trabajo manual que lo devuelve a la materialidad y lo vincula, poco a poco, con la vida, vincula su propia corporeidad en duelo con lo que está vivo en el mundo. Durante mi propio duelo, sin embargo, no tenía claro que la escritura poética podía ser un bálsamo o podía significar ese trabajo que me otorgara el interés por la vida, devolviéndome a ese sustrato físico de lo existente.

[suena "Modern Love" de Bowie en un parlante en la calle, se escucha salsa en un bar, conversaciones. Continúan los sonidos del tejido.]

Suena "Let's Dance" en una radio de fondo.]

Poco a poco, mientras fui componiendo poemas a ritmo lento, espaciadamente, entendí que el dolor que se había tomado mi cuerpo respondía a un bloque de tiempo específico, el que comenzaba con la convalecencia de mi padre a causa del cáncer y abarcaba el accidente de Alicia, nuestro viaje a Guayaquil y mi enfermedad de la cadera.

Así fue naciendo *Guayaquil*, que es un libro de la ebriedad, la escritura de un ser disperso y adolorido, que me dibuja en la depresión y también en las formas de la alegría y del amor posibles, en ese borde en el que me paré a causa de la pérdida sistemática de casi todo lo que le daba sentido a mi vida hasta ese momento.

Guayaquil es un libro de la sanación. Y para eso, en algunos poemas fue preciso destruirla, la ciudad desaparece a causa de la lluvia, del río que crece y lo devora todo. Esa destrucción es el final de aquello que se agotó, pero el comienzo de algo que solo podía nacer de mí misma.

[Bertha canta "La extranjera". Comienzan fuegos artificiales]

En el proceso de escritura de este poemario, lo que me permitió fijar un cable a tierra, más que los motivos o tópicos poéticos, fue el trabajo con la musicalidad. *Guayaquil* es un poemario en donde se presta especial atención al ritmo. Las palabras se parecen a mí cuando caminaba hacia la tumba de mi padre tras su féretro, tienen que ser sostenidas por la música para que la muerte no se las lleve. Esa conciencia de la necesidad de una estructura rítmica es mi trabajo manual, mi trabajo del duelo con la materialidad que me devuelve el interés por las cosas del mundo.

[música, sonidos de tejedora, de las calles del Guayaquil van acompañando el poema hasta la llegada del agua]

Si salimos de El coleccionista tomadas de la mano,
caminamos por Loja tomadas de la mano y pasan los autos y
las caras de los hombres pasan y las palomas cagan y los
niños ladran,

si seguimos caminando, subimos el paso a desnivel, nos
gritan con efecto doppler: "locas y lesbianas", rodeamos
el cementerio y con la otra mano, la que no tomas, saludo
alegre a mis abuelas Vicenta y Clara,

si seguimos caminando, tomadas de la mano, tu cuerpo se
acerca al mío y me besas en el cuello porque vamos rápido
y no alcanzo a poner mi lengua entre tus labios,

si seguimos caminando, tomadas de la mano, vemos Solca,
bajas la cabeza, yo también la bajo, pero te sonrío para
que sonrías y me trago de un suspiro tres mariposas
blancas,

si seguimos caminando, llegamos al aeropuerto, levanto una valla con la fuerza brutal de mariposas, nos introducimos en la pista y empezamos a bailar porque desde el altavoz de un carro de bomberos suena, de bowie, let's dance,

si seguimos bailando y seguimos bailando y seguimos bailando, tú con tus zapatos rojos y yo con mi blusa a rayas, se detiene un avión y atrás otro y otro y otro, de pronto, cuando los pacos amenazan con sus pistolas y sus balas, nos convertimos en personas de papel que el viento levanta, mi mano ya no puede sostenerte, y miro con mis nuevos ojos cómo te alejas, cómo el viento que nos salvó ahora te aleja y te deposita en el río y te mojas toda y te desintegras,

si sigo volando, me inserto en una nube y la hago llorar y la ciudad se moja y se desbarata,

ya para qué Guayaquil, si te tragó su río, ya para qué Guayaquil

[sonido del agua tomándose la ciudad]

Son dos los momentos o derivas que con más fuerza permitieron que de alguna manera el estadio más vívido del duelo se pudiera cerrar. No me refiero al duelo en términos amplios porque la muerte del padre no deja nunca de acontecer, siempre se presentiza, siempre vuelve para tomarse el cuerpo o instalarse en el centro del universo psíquico. El primero de esos momentos acontece cuando decido regresar a Quito en abril del 2016. Tomada la decisión, fui al cementerio, hasta la tumba de mi papá, y me eché a llorar sobre ella (el melodrama también sana). No había llorado a mi padre así, tan de huesos huérfanos, hasta ese momento.

[]

El segundo es una deriva en la que junto con Giulianna invitamos a algunos artistas amigos de la ciudad a participar con una performance o instalación a partir de su lectura de los poemas de *Guayaquil*. La idea fue hacer una caminata afectiva por el microcentro de la ciudad. El camino se trazaría a partir de los lugares que les artistas se tomarían para montar sus obras. Quisiera referirme a una de esas activaciones. Amaranta Pico esperaba al grupo de caminantes en

la palmera de la calle Córdova, entre Martínez y Mendiburo. Nos hizo ubicarnos alrededor del árbol y nos refirió su historia. Resulta que esa palmera es la única sobreviviente de una quinta que funcionó en esos terrenos hasta inicios del siglo XX, cuando Guayaquil todavía era medio rural, faceta que hoy se ha disipado en términos del paisaje visual al menos en el centro.

[sonidos de tráfico: fragmentos de intervención de Amaranta Pico en la palmera de la calle Córdova.

- *Este es un pequeño homenaje a este ser que ha estado aquí por lo menos 100 años y ha visto muchas cosas. Y es testigo también de la catástrofe, del desgarramiento pero también de lo festivo. Entonces, les quería invitar hoy, entre todos, esta es la ofrenda: la idea es con nuestra voz colectiva trenzar los poemas y la memoria oral que he podido rescatar de este ser, de este árbol. Les voy a ir repartiendo unos papelitos y les invito a que los leamos.*
- *La casa se cayó en diciembre de 2000 o enero de 2001, se vino abajo, seguro la tumbaron, ya tú sabes cómo funciona aquí. Cuando era conventillo vivían aquí como 100 personas.*
- *Esto de aquí era zona roja, puro licor, droga y baile.*
- *La palmera debe ser de 1914.*
- *Deterioro, conventillo. La casa fue mal, la casa fue mal, la casa mal construida y se vino abajo. Palmera, palmera, sobreviviente.*
- *Lo que es aquí vivían los ladrones, las prostitutas y los vendedores de droga.*
- *La demolición, los ajetreos, la vida, el avión, la pena, los sánduches, el jugo de frutilla, el carro, las clases, la cédula, los libros, el azul, las fotos, la desesperación, primero la tuya y luego la mía.]*

La cuestión es que junto a esa palmera, había otra, gemela de la que queda en pie, que se enfermó y que fue talada. La palmera de la calle Córdova es seguramente de las más altas de la ciudad, si no la más alta, y, aunque a sus pies hemos pasado todes, también es la más sola.

[se mezclan la música y el paisaje sonoro de Guayaquil]

GZ: Agradecemos a María Auxiliadora Balladares por permitirnos entrar en el mundo de esta historia y su poesía. También a las personas cuyas voces la acompañan en este episodio y que



fueron registradas durante los recorridos afectivos "Ya para qué Guayaquil" en octubre 2022.

Este episodio fue producido por María Auxiliadora Balladares, Daniela Dávila Navarrete y Giulianna Zambrano Murillo entre octubre 2022 y mayo 2023. El texto del ensayo es de María Auxiliadora Balladares, al igual que los poemas del libro Guayaquil. El diseño y postproducción de sonido es de Pablo Molina Suárez. Cristina Yépez o cardenilla es la ilustradora de la imagen que lo acompaña. Para más episodios e información sobre el proyecto y el resto del equipo visita nuestra página web www.cronicasalborde.com y síguenos en instagram y twitter.

Esta temporada cuenta con el apoyo de la Universidad San Francisco de Quito y Radio COCOA.

¡Gracias por escuchar!